

La Novela Americana Cinematográfica



Núm. 6

30 cts. El poder de una lágrima

por
Douglas Fairbanks (?)
y Jobina Bell (sic)

CAPRA, Frank



LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

NÚM. 6

El poder de una lágrima

(THE POWER OF THE PRESS, 1929)

Novela de aventuras, interpretada por

Jobyna Ralston y Douglas Fairbanks (hijo)

EXCLUSIVA DE

Príncipe Films, Sdad. Lda.

Aldamar, 7 y 9 - SAN SEBASTIÁN
Aragón, 249 - BARCELONA

Postal regalo: GRETA GARBO

Edic平ores BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona





ANALISIS DE
ASINAZOTAS

El poder de una lágrima

Argumento de la película

En la redacción del importante rotativo neoyorquino "The Times" reinaba, como siempre, febril actividad.

Todos los periodistas estaban entregados a sus trabajos en la gran sala de redacción.

Hallábanse allí los encargados de la sección telegráfica, de los asuntos locales, de los espectáculos, de los deportes, de la sección literaria.

Clem Rogers era el más joven de los redactores, el benjamín de la casa. Realizaba un trabajo insignificante como encargado de la sección meteorológica. Pero en su fuero interno protestaba contra aquel cargo, deseando realizar cosas

más importante y crearse un nombre en la esfera del periodismo.

Era objeto, por parte de sus compañeros, de toda clase de burlas. De un modo especial, un reporter llamado Johnson, alias "El Rumiante", pues se pasaba el día mascando goma, se reía siempre de él, mofándose de sus asuntos, poniendo el pie a su paso para hacerle tropezar y caer, realizando a su costa distintas travesuras. Y Clem aguantaba todo ello con la esperanza de que vieran días mejores.

Aquella tarde se hallaba escribiendo a máquina unas cuartillas. Llegóse a él un meritorio y le dijo, burlonamente, pues hasta los modestos empleados tenían que ver con él.

—¿Cómo está hoy el tiempo... rosa de los vientos?

—Si no te vas, vas a saber cuántas espinas tiene esta rosa...

Marchó riendo el chico y Clem releyó el artículo que acababa de escribir y que decía así:

Reportage meteorológico

por

Clem Rogers

El día de hoy se presenta bajo los mejores auspicios.

Los pájaros cantarán gozosos en las verdes

ramas, y las flores, los ancianos y los niños, con sus respectivas niñeras, se bañarán de sol.

Sonreirán los labriegos y doquiera veremos alegría.

¡Qué rico se presenta el día!

Seguía luego la explicación del tiempo y los probables cambios que éste experimentaría.

Contento de su preámbulo, Clem se levantó y avanzó hacia la mesa donde estaba el redactor-jefe hablando con otro periodista.

El jefe hojeaba varios periódicos y leyó en uno de ellos:

La ciudad se muestra propicia a nombrar alcalde a Atwill.

La candidatura de Blake no cuenta con la misma simpatía popular, por lo que no es aventurado opinar que Atwill vencerá en la elección.

Hizo el redactor-jefe un gesto de indiferencia.

—Hay crisis de noticias que hagan vibrar al público—comentó.

Clem, que había escuchado aquellas palabras, se apresuró a decir:

—Esa es la consecuencia de tener a reporters de mi temple escribiendo sobre cosas del tiempo.

—¡No diga tonterías!

Clem puso en manos de su jefe el artículo meteorológico, mas aquél lo apartó, pues tenía otras

cosas que hacer. Pero Clem reincidió varias veces en dejárselo sobre la mesa a fin de que lo leyera y le pusiera el visto bueno para su inmediata publicación.

El periodista que hablaba antes con el jefe de redacción se había alejado, y éste, obligado por la insistencia de Clem, no tuvo otro remedio que leer su crónica.

Y con la consiguiente sorpresa, el muchacho vió que el jefe cogía un lápiz rojo y borraba todos, absolutamente todos los comentarios líricos sobre el tiempo, dejando escuetamente el título y luego la noticia sobre las variaciones atmosféricas.

—Pero...—dijo Clem, disgustado.

—Reporters como usted son los que hacen falta para firmar el acta de defunción de cualquier periódico—le gritó el jefe.

—¿Cuándo se dignará usted ofrecer a mis aptitudes la ocasión de evidenciarlas?

—No me venga con historias, ¡Márchese!

Y el pobre Clem, en cuya alma la ambición cantaba sus dulces notas, tuvo que represar a su puesto.

¡Ah! ¿Cuándo iba a ascender a la categoría de reporter de primera clase, de esos encargados de las grandes y sensacionales noticias? ¿Cuándo le pondrían sobre la mesa como a los redactores de categoría, su nombre en placa de metal?

Pasaron varias horas.

Los redactores, cumplida su misión diurna, habían abandonado el diario. Quedaban los correctores que cumplían velozmente su misión antes de que comenzase el tiraje del periódico. El redactor-jefe daba las últimas órdenes y Clem no había abandonado aún el despacho, meditando como un nuevo Napoleón sobre lo que convenía hacer.

De pronto, llamaron al teléfono, y el redactor-jefe, ante el aparato, dió muestras de profunda sorpresa.

Nervioso, inquieto por la noticia recibida, comenzó a gritar:

—¡Johnson!... ¡Forbes!... ¡Smith!... ¿Dónde está la gente? ¿Se han marchado ya?...

Apareció Clem por si eran necesarios sus servicios. Viendo a aquel muchacho que antes se había ofrecido para cosas importantes, le dijo el jefe con vehemente expresión y tuteándole paternalmente:

—¡Tienes suerte! ¡Tu oportunidad acaba de llegar! ¡El fiscal Nye ha sido asesinado!

—¡Oh!

—Te encargo de ese reportaje... Examina el cadáver... Interroga a la servidumbre... Averigua las sospechas de la policía... ¡Volando!

—¡Magnífico, estupendo! ¡Le aseguro que me voy a lucir! —dijo loco de alegría,

—No pierdas tiempo. Voy a extenderte un pase de redactor para que se te permita entrar en el lugar del suceso.

Le extendió el pase que, aturdido, Clem se colocó en la cinta de su sombrero de paja.

Marchó volando, como una exhalación, deseando tener éxito en aquel primer y sensacional reportaje de su vida.

Al salir a la calle, tropezó violentamente con un transeunte, y los sombreros de paja de los dos cayeron a tierra.

Clem se excusó de su torpeza y recogió los sombreros quedándose, en su aturdimiento, el del caballero y entregando a éste el en que iba el pase de redactor.

Subió a un taxi y al ir a dar la dirección, recordó que no sabía dónde debía dirigirse.

Volvió como un relámpago a la redacción.

—¿Dónde vive el muerto?

—Pero, ¿todavía estás aquí? ¡Demonio de hombre! ¡Marcha volando... que nos van a tomar la delantera! —le gritó el jefe.

Le dió la dirección y le arrojó una lluvia de libros a la cabeza.

Y Clem, contento como un chiquillo, se hizo conducir en el coche a las señas indicadas por su jefe.

* * *

En casa del fiscal asesinado, la policía examinaba el cadáver.

Interrogado, el criado del fiscal declaró que había acudido al gabinete de su principal al oír un disparo y que no encontró más que a la víctima sobre la alfombra.

Clem llegó ante la casa del crimen y saltó precipitadamente del coche.

Ante la puerta le impidieron el paso unos policías.

—¡Soy reporter!—manifestó, con aire de importancia.

—¿El pase?

—Helo aquí.

Quitóse el sombrero, ¡y cuál sería su sorpresa al ver que la cartulina había volado! No se dió cuenta del cambio sufrido al recoger antes los sombreros y se daba a todos los demonios buscando inútilmente en todos sus bolsillos, el pase salvador.

—Lo he perdido—murmuró, desconsolado—. Pero lo tenía... yo se lo aseguro a ustedes...

—Lo sentimos. Tenemos orden superior de no dejar pasar a nadie. Haga el favor de retirarse.

—Pero, ¿es que no se lee en mi cara que soy periodista?

En aquellos momentos apareció el reporter

Johson, quien acababa de enterarse del suceso y de que Clem había sido enviado allí.

Clem, al verle, se creyó salvado.

—Dígales quién soy, compañero.

Pero Johnson le miró burlonamente y le contestó, apartándole como un hermano mayor al revoltoso de la casa:

—¿Quién te manda meterte en trotes de personas formales?

Y penetró en la casa mientras el pobre Clem, desesperado por su mala suerte, se alejaba de la puerta principal.

Siguió tristemente, bordeando el jardín que rodeaba la casa, y, de pronto, vió saltar por una de las ventanas del costado del edificio, a una mujer.

Era una muchacha de rostro encantador, y Clem, sospechando que tuviese que ver algo con aquel delito cometido, corrió hacia ella y quiso impedirle el paso.

La joven se defendió valerosamente. Lucharon los dos. En la pelea cayó al suelo el bolso de la muchacha y ésta consiguió huir, pudiendo saltar a un automóvil que se encontraba junto a la acera; y empuñando el volante, desapareció a toda velocidad, antes de que Clem la alcanzara.

Clem recogió el bolso y, convencido de la culpabilidad de aquella joven, corrió en su persecución.

Pero, viendo la imposibilidad de alcanzarla a pie, buscó un auto con el que poder detenerla. Precisamente, a pocos pasos de donde él se hallaba, había un coche y junto a él, examinando el motor, un caballero.

Acercóse Clem y dijo señalando a la fugitiva:

—¡Siga a esa mujer!... Soy reporter del "Tiempo". Se trata de un servicio policiaco.

El desconocido contempló a la mujer que se alejaba rápidamente en el coche.

—¡Pero si es Jane Atwill, la hija del futuro alcalde!—exclamó.

—¿Sí? Pues acabo de verla saltar por una ventana de la casa del fiscal Nye, que acaba de ser asesinado.

—¡Ah! Esto es, pues, grave... Sí... sí... Me consta que el fiscal la cortejaba y es muy posible que esa joven le haya matado defendiendo su honor.

—¡Tiene usted razón!... ¡Gracias, gracias por sus informes!... Pero no diga usted una palabra sobre esto a los demás periodistas. Quiero ser el único en publicar tan sensacional noticia.

—¡Bien... bien!... No pase cuidado—dijo el caballero con sonrisa burlona.

Y Clem, abandonando la persecución de la joven, pues sabía ya de quién se trataba, corrió velozmente a la redacción.

El redactor-jefe estaba dando varias disposiciones a los redactores de última hora.

Entró Clem, gritando como un energúmeno:

—¡Paren las máquinas! ¡Paren las máquinas!



Y entusiasmado, el joven reporter dió cuenta...

—¿Qué sucede?—preguntó el jefe, convencido de que el muchacho exageraba.

—Oirá usted cosa buena si me promete que firmaré la reseña que yo haga.

—Bien... sea... ¿De qué se trata?

Y, entusiasmado, el joven reporter dió cuenta

de todo lo ocurrido, mostrando el bolso como prueba de que no contaba uno de sus sueños.

—...Y la precipitación con que esa mujer hu-yó, demuestra su culpabilidad—terminó diciendo.

Era tan extraordinaria aquella noticia que todos le miraban perplejos. Pero tuvieron que rendirse a la evidencia ante la prueba condenatoria del bolso de la fugitiva, la cual resultaba ser, según las tarjetas halladas en el mismo, la hija de Atwill, candidato a la alcaldía.

¡Era la noticia sensacional del año! Si se confirmaba la culpabilidad de Jane Atwill en aquel asesinato, esto sería un golpe de muerte para su padre, y el triunfo de Blake, el rival político, estaría asegurado.

Llamaron en aquel momento al teléfono y el redactor-jefe se puso al aparato.

—Soy Johson—dijo éste—. Jane Atwill acaba de ser detenida como presunta autora del asesinato del fiscal Nye. Estoy en el Juzgado de guardia y le tendré al corriente de lo que vaya ocurriendo.

—¡Ya sabía yo todo eso y mucho más, Johnson!—contestó, riendo, el jefe—. ¡Clem Rogers se le ha adelantado!

Al oír aquello, Johnson hizo una mueca de disgusto.

¡Por vida de...! ¿Cómo era posible que aquel barbilampiño le hubiese vencido aquella vez?

Clem estaba radiante de alegría.

El jefe le felicitó y le dijo:

—Haz rápidamente tu reportaje...

Tocó un timbre y advirtió a los talleres:

—Paren las máquinas para un cambio en primera plana.

Corrió Clem a instalarse ante la máquina, mientras unos empleados le preparaban el papel y esperaban que fuera llenando cuartillas para llevarlas cuanto antes a los linotipistas.

Clem puso como título:

La hija de Mr. Atwill, candidato a alcalde, complicada en el asesinato del fiscal Nye

Y luego daba grandes detalles de lo ocurrido, haciendo importantes sugerencias sobre las consecuencias que podría tener aquel asunto.

Y firmó con su nombre aquel artículo que iba a tener una importancia sensacional.

Entretanto, en el Juzgado de guardia, unos detectives tomaban declaración a Jane Atwill, desosos de hacerla “cantar” sin rodeos.

El interrogatorio era sumamente cruel.

—¿Por qué lo mató usted?

Se hallaba allí también el policía que vigilando, con otros compañeros, la casa de Nye, había detenido a la joven al verla escapar en automóvil.

—He dicho ya la verdad—respondía ella, en-

tre lágrimas, y con un tono de profunda sinceridad.

—¿Qué ocurrió?

—El señor Nye me invitó a ir a su casa al salir del teatro, y accedí. Y en su despacho, me



—¿Porqué lo mató usted?

dijo: "Deseaba verla para entregarle algo." Y en aquel momento, cuando se dirigía a abrir un armario, sonó un disparo y cayó a tierra, muerto. Yo, horrorizada, y con el temor de verme complicada en el asunto... y para salvar mi reputación, huiré —oscuras el s

En una estancia cercana aguardaban varios periodistas el resultado de aquella declaración.

Al ver salir a un policía de la estancia donde la detenida estaba sometida a hábil interrogatorio, los reporteros se precipitaron a pedirle noticias, a fin de transmitirlas sin pérdida de momento a sus respectivos diarios.

—No se sabe nada aún, señores periodistas. ¡Calma!

Un poco después, los reporteros tuvieron nuevamente ocasión de moverse al aparecer ante ellos, acompañado de un gran abogado, a John Atwill, el padre de la detenida.

Johnson, como más fresco que sus compañeros, le soltó a boca de jarro:

—Esto descarta la posibilidad de que sea usted elegido, ¿verdad, señor Atwill?

El hombre político había desaparecido en el padre, y se oyó esta respuesta:

—En estos momentos no me importa la elección, sino mi hija, a quien vengo a buscar.

La personalidad de Atwill era tan importante, que una palabra suya hubiese bastado para que, bajo su responsabilidad, cualquier detenido—sin pruebas irrefutables de culpabilidad—fuese puesto en libertad; y ni que decir tiene que, tratándose de su hija, y, además, no resultando ésta, en opinión de la policía, culpable, Jane pudo reunirse en seguida con su deudo, desarrollándose

en el Juzgado de guardia una sentimental escena.

Pero el periódico "The Times" apareció con el reportaje de Clem, y, aunque la justicia estaba convencida, porque en sus declaraciones no había incurrido en la menor contradicción, de la inocencia de Jane, el público, ese público ávido de emociones, aceptó como buena la hipótesis lanzada por el ingenuo reporter.

Los periodistas de todos los diarios, encargados de las noticias judiciales, estuvieron en el despacho particular de Blake, el rival político de Atwill, para conocer su opinión en el desagradable asunto en que se veía mezclado el nombre de este último con las sospechas que recaían en su hija.

Blake mostrábase afligido y dedicó amables frases a su rival político, deseoso de que las leyese en los periódicos.

Pero, en realidad, Blake celebraba en su fureo interno lo ocurrido. El asesinato del fiscal Nye había salido mejor que lo que él se figuraba.

—Entonces...?

—Sí! Blake tenía mucho que ver en el crimen; es más, Blake, digámoslo de una vez, era un arrivista dispuesto a llegar sin detenerse a pensar en los medios, aceptándolos todos como inmejorables.

Blake había dictado orden de muerte contra

el fiscal... porque éste sabía demasiado de él y de su camarilla de presidiarios.

Acababan de desaparecer los reporters del despacho de Blake, cuando un cómplice, el brazo derecho de aquél, entró en las oficinas, por la puerta correspondiente a la secretaría del candidato a alcalde. El ordenanza de Blake le hizo una seña a través de una mirilla, y el recién llegado esperó a que el jefe estuviese completamente solo.

Un poco después, el recién llegado tumbado en un sillón, y el jefe pendiente de sus noticias, hablaron los dos criminales con visible satisfacción.

—¡Qué furioso debe estar el viejo Atwill, Van! —exclamó Blake, dirigiéndose a su cómplice.

Y Van, que no era otro que el caballero del auto que hablara con Clem al acercársele éste para suplicarle que persiguiese el coche en que iba Jane Atwill, repuso:

—No hay para menos, Blake! Casi lloraba...

—Somos unos ases!

—No me felicitarás nunca bastante. ¡Cuán hábilmente logré que ese reporter de tres al cuarto publicase mi versión! ¡Bendita casualidad!

—Eres un portento, Van! Ahora, lo que conviene es que María no salga de su casa hasta después de la elección.

—Eso es lo de más fácil arreglo. Con prohíbírselo...

Siguieron cambiando impresiones, y, de súbito, llamaron al teléfono.

—¿Quién? —preguntó Blake.

—¡Hola! —Eres tú, tesoro? Soy tu María, pichoncito...

—¿Qué te pasa, perita en dulce?

—Y me lo preguntas? Estoy hastiada y necesito distracción. —Vendrás?

—Paciencia, María... Después de mi triunfo, te compensaré con creces de tu aislamiento actual.

—Eso es muy vago... y podrías *tenderme un cable* entre tanto.

—Resignaté, María... Esto terminará pronto...

—¡Ah! Oye... He leído algo en el periódico referente al asesinato de Nye...

—¿Te quieres callar? —Qué nos importa eso a nosotros?

—No temas. —Quién puede estar escuchándonos?

—Bueno... —No querías nada más?

—Oye, oye... Déjame qué termine... Hay cosas que me indignan... —Por qué se culpa al fiscal Nye de haber querido ultrajar a la hija de Atwill, cuando eso no es cierto?

—No sé de qué me hablas!

—¿Qué juego es ese? —Por qué mezcláis a esa chica? —Es una venganza personal?

—Al diablo con tus celos!

—Sí, ¿eh? Pues, hijo, que te conste. —No quiero sufrir más esta situación!

Y, furiosa, colgó el aparato.

Blake meditó. Malo, malo. María era peligrosa.

—María se insubordina y se impone la necesidad de amordazarla...

—La amordazaremos.

—Ponle un hombre de guardia al pie de su casa día y noche.

—De acuerdo.

* * *

Johnson, en la redacción del periódico, comentaba con un compañero, mascando y mascullando, la suerte inconcebible de Clem.

—¡Y que sea un barbisanpiño el autor del reportaje cumbre del año!

Clem, fumando un magnífico habano y dándose aire de gran hombre, entró en la redacción, y, desdenoso, indicó a Johnson, que se atragantó al verle, que se apartase un poco, pues desde aquel momento en la mesa de los redactores debía haber un sitio para él; y como "El Rumiente" no parecía dispuesto a hacerle caso, lo empujó sin contemplaciones.

—Vamos, hombre, córrase y tengamos la fiesta en paz. ¿Estamos? Y desde hoy aquí seremos dos a mascar, porque ya me iba cargando a mí verle "mandibular" como si nadie pudiera toserle.

—Bueno, nene, dile a tu mamá que te lleve al cine.

—¿Nene, yo? Vaya, camaleón. ¿Desde cuándo los nenes les toman la delantera a los fenómenos como tú?

El redactor-jefe oía a los dos periodistas, y se reía. ¡Bien por Clem! ¡Sabía defenderse!

Un muchacho se acercó a Clem y dejó encima de la mesa una placa de metal con el nombre del nuevo reporter, y esto sulfuró todavía más a Johnson, pero tuvo que resignarse y mascar más fuerte al oír decir al benjamín, como si buscase ideas mirado al techo:

—¿Qué historia les contaré hoy a *mis* lectores?

De pronto, asombrando a Johnson y al otro periodista, Jane Atwill acercóse a la mesa de Clem y le dijo a éste, apenas él la miró, reconociéndola como la fugitiva de la otra noche:

—Desearía hablar con usted particularmente.

Clem, mirando triunfalmente a Johnson, apartóse con Jane hacia un despacho privado, del que, se pretexto de que la llamaba el director, hizo salir a la periodista encargada de la sec-

ción literaria; y ya en el gabinete, Jane, indignada, dijo a Clem, odiándole:

—Si yo fuese un hombre a estas horas no tendría usted ya nariz.

¡Caramba! ¡Sí que empezaba bien la plática! A ese paso...

Pero Clem, que se creía un ser extraordinario, la dejó hablar, sin inmutarse.



Aquí, Clem la interrumpió...

—¡Ha pisoteado usted mi reputación e imposibilitado la elección de mi padre! —siguió protestando Jane.

Aquí, Clem la interrumpió, contestándole con énfasis:

—Nosotros los periodistas nos debemos al público y no le podemos engañar.

Colérica, Jane le echó en cara su ambición:
—¡Y para ganar un ascenso, sin duda, no ha vacilado usted en arruinar a una familia inocente!

Clem sintió algo extraño en su interior al oír estas palabras, y, para confirmarle que había obrado mal, vió que Jane, cayendo desde la altura de su cólera a la amargura de la realidad, lloraba.

¡Cáspita! ¿Había, pues, en verdad, exagerado la nota?

Y la primera lágrima que hacía verter, sin habérselo propuesto, a una mujer, tuvo el infinito poder de hacer reaccionar a Clem.

—Lamento lo ocurrido, gentil señorita, y voy a ordenar que rectifiquen la primera versión dada al asunto.

Jane le miró con sus bellos ojos humedecidos por clarísimas perlas, y murmuró, agradecida y alegrándose de que resultase cierta su suposición de que aquel joven no podía ser malo teniendo un rostro tan bueno:

—¿De veras hará usted eso?

—¡Ya lo creo! Váyase tranquila, señorita. Aquí todos hacen lo que yo les digo, y el redactor-jefe es muy amigo mío.

Jane le dió las señas de su casa, pues tendría

mucho gusto en recibirla, y tan pronto como ella se hubo marchado, Clem dirigióse a hablar con el redactor-jefe.

—¿Qué ocurre? —le preguntó éste.

—Mire usted, jefe... He prometido a la señorita Atwill que en el número de hoy rectificaremos los comentarios que hicimos en el de ayer a raíz del asesinato del fiscal.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, jefe... Hemos puesto en entredicho su reputación.

—¿Y qué? Pruebas son amores... Seguiremos intrigando al público, y el juez encargado del sumario se cuidará de poner en claro lo que sea tenebroso.

—Pero... ¡Le digo a usted que ella es inocente! ¡La he visto llorar!

—No sea usted chiquillo. ¡Déjeme en paz!

—Estoy hablando en serio, muy en serio!

—¡Ah! ¿Sí? No me había enterado.

—¡Déjese de bromitas! Si no me concede usted la retractación que le pido, dimito ahora mismo.

—¡Se te han subido los humos a la cabeza y esto no se lo tolero ni a la chimenea de mi casa! ¡Por la puerta se va a la calle!

Johnson y el compañero de éste cambiaron una elocuente mirada al oír al jefe, y, para que se

cumpliera la orden del mismo, se levantaron y arrojaron a la calle al "gran hombre".

¡Se había lucido el pobre chico!

* * *

Van, cumpliendo órdenes de su jefe, el arriista Blake, se trasladó a casa de María, para intimidarla.

—¿Por qué no ha venido Blake? —preguntó ella.

—Está atareadísimo.

—Me aburre tanta soledad y estoy dispuesta a emanciparme de él hoy mismo.

Van condujo discretamente a María a la ventana que daba al exterior, y la hermosa entretenida vió a un hombre vigilando; y comprendiendo, protestó:

—¿De modo que no puedo moverme de aquí hasta que Blake lo disponga?

—Hay que obedecer, María.

—¿Y si me niego?

Van, como por casualidad, sacóse un revólver y jugueteó con él.

—Sea, me resigno —añadió María, que conocía a aquellos granujas más que ellos mismos—. Pero no quiero ver más a Blake. ¡Le odio!

María quedó encerrada en la casa, con un guardián a la vista, y Van, de regreso a la ciudad—pues la vivienda de la hermosa amiga de

Blake se hallaba en las afueras—, se vió des- agradablemente detenido, en una plazoleta, por Clem, que lo había reconocido.

—¡Hola, señor!

Van, con el temor de los delincuentes, volvióse y amenazó a Clem apuntándole su revólver, bajo el bolsillo de su americana, donde lo llevaba siempre a punto de hacer uso del mismo.

Asombrado, Clem añadió, levantando un tanto las manos:

—Soy hombre inofensivo. ¿No me reconoce usted?

—Tengo prisa, joven.

Y, con paso rápido, Van se apartó de Clem.

Y éste se dijo:

—¿Por qué me ha amenazado con el revólver? ¿Por qué va armado?

Y, preso de una idea luminosa, siguió a Van, logrando enterarse de que iba a la oficina de Bla-ke, el rival político de Atwill.

¡Qué raro era aquello! Y pensando en que no dejaba de ser raro también que él hallase a Van en un auto al intentar perseguir a Jane cuando ésta huía, cerca de la casa del fiscal asesinado, encaminó sus pasos a la mansión de los Atwill, encontrando sola a Jane.

Ella le recibió afablemente, y, aunque no la rectificación de los comentarios, Clem le dió la seguridad de que no volvería a decir nada más

de ella en el periódico, puesto que había sido despedido.

Luego, Clem dijo a Jane, demostrándole el gran interés que tenía en ayudarla a rehabilitar su nombre:

—Sospecho que la banda de Blake tiene que ver en el crimen del fiscal.

—¿Cree usted?

Y Clem le refirió que había visto a Van, la forma en que le conoció y dónde había ido; y terminó diciendo:

—Si se pudiera mezclar en el asunto a Blake, la elección de su padre de usted estaría a salvo.

Jane tenía fe en la bondad de Clem y no vaciló en decirle, después de meditar unos momentos.

—En mis declaraciones a la policía silencié que tuviera esto...

Y le dió una carpeta con varias fotografías de procesados.

—¿Cómo vino esto a caer en sus manos?

—Me lo dió el fiscal Nye, antes de morir. Era ese "algo" que quería entregarme personalmente; y me dijo: "Estos documentos asegurarían en caso necesario la elección de su padre".

Clem, cada vez más intrigado, contempló los retratos y pensaba... pensaba...

Y aquella noche, después de haberse librado a varias delicadas operaciones, como la de ver qué

cabaret frecuentaba Van y reproducir las fotografías de los procesados, dirigióse con Jane al citado cabaret y dejando a la joven en una calle cercana, dentro del automóvil de la misma, entró en el lugar de diversión, fingiéndose borracho y llevando debajo del brazo la carpeta con las fotografías originales.

Van le vió y le desagrado su presencia allí, pero, fingiendo admirablemente que estaba borracho, Clem se le puso al lado, en una mesa ocupada por él y un compinche, y le dijo:

—Tengo otro reportaje sensacional en preparación! Yo soy terrible. Primero "reventé" la candidatura de Atwill... y ahora le toca el turno a otro... Mi jefe quiere embrollar el asunto, ¿sabe usted?, y hay que obedecerle por los malditos garbanzos, ¿se hace usted cargo?

Van y el compinche vieron las fotografías y a una señal de Van el compinche se encargó de desviar la atención de Clem hacia él solamente, permitiendo a Van examinar una a una las fotografías, por si entre las mismas había alguna que conviniera hacer desaparecer.

Y cuando, poco después, Clem se reunía con Jane, ambos comprobaron, compulsando los originales de la carpeta con las reproducciones hechas, que faltaba un original y que éste correspondía a una hermosa mujer llamada María Weston, procesada en 1925.

¡Ah! ¡Aquella mujer podía descubrir cuanto se refería al crimen del fiscal!

Clem iría a verla, pero para ello necesitaba conocer sus señas se ingenió para obtenerlas, del siguiente modo: entró en un establecimiento donde había teléfono público y llamó al despacho de Blake, donde éste, en plena fiebre electoral, debía hallarse todavía; y a fin de que Blake creyese que era uno de sus cómplices quien le llamaba desde el cabaret, torció la boca e imitó la voz del compinche que estaba en el cabaret con Van; y por último, para dar la sensación de que telefoneaba desde el cabaret, hizo cantar a Jane un cuplé de moda, junto al aparato.

Todo salió a pedir de boca. Clem pidió a Blake, como si fuera uno de su camarilla, la dirección de María, que se le había olvidado y debía ir a verla, y Blake, creyendo que se trataba del relevo de la guardia puesta a la puerta de la casa de su amiga, le dió las señas sonriendo al pensar que el compinche tenía una mujer bonita a su lado cantándole enamorada.

Un poco después, Clem se dirigió a casa de María, después de haber mandado a Jane a la redacción del periódico, con el encargo de que le esperase allí y de que dijese al jefe que le daría, a pesar de todo, otro gran notición.

El hombre que vigilaba a María cabeceaba a la puerta de la casa, y Clem esperó que se dur-

miese, entrando luego, sigilosamente, en la vivienda.

María, que se hallaba ya en la cama, asustóse al ver entrar en su cuarto a un desconocido,



... hizo cantar a Jane un cuplé de moda, junto al aparato. pero le resultó tan simpático el visitante, que recobró la calma.

—¿Quién es usted?

—Yo soy Clem Rogers y usted es María Weston.

—María soy, y celebro que usted sea periodista.

—Yo he venido... En fin, sin rodeos... ¿Por qué mató usted al fiscal Nye?

María se estremeció. ¡Ella, asesina! ¡Qué horror!

—¿Yo?—gimió.

—Blake y Van dicen que fué usted.

María saltó del lecho y acusó, y eso era lo que buscara Clem con sus bruscas y hábiles preguntas:

—¡Miserables! ¡Fué Van!

—¿Firmaría usted la declaración que yo le tomase, para demostrar que es usted inocente?

—Sí, y también que Blake y Van planearon el asesinato en esta habitación.

—Bien... Vaya contestando a mis preguntas...

Clem se consideraba un héroe, pero he aquí que cuando, a pesar de nombrarle, menos pensaban en él, apareció Van, revólver en mano, ante ellos. Se había descubierto la jugarrata de Clem al ir Van y el compinche a ver a Blake para darle cuenta del hallazgo del retrato de María entre otras fotografías que llevaba el reporter.

—Saldría Clem con vida de aquella aventura?

—¡Manos arriba, amiguitos!—dijoles Van.

Estaba dispuesto a matar a los dos, pero Clem, con pasmosa sangre fría, arrebató el arma al miserable, jugándose la vida, y luchando cuerpo a cuerpo lo derribó en el suelo, maniatándole.

Pero la huída era más difícil, pues había varios hombres abajo. Sin embargo, Clem disparó

el revólver de Van, fingiendo lucha con armas, y se ocultó en un ángulo de la escalera. Los sicarios de Blake subieron a comprobar lo que ocurría en la habitación de María, y Clem los encerró dentro surgiendo, con María, del escondite, cargado con el cuerpo de Van, tan pronto los bribones entraron en la habitación.

Ya fuera, subieron a un coche y volaron hacia la ciudad.

Los bribones derribaron la cerradura de la puerta a tiros, y salieron en persecución de Clem y María, para salvar a Van.

Blake recibió aviso de lo ocurrido y, alarma-dísimo, ordenó que el resto de sus cómplices saliera en automóviles para cortar el paso al coche de Clem.

Pero venció la juventud, el deseo de triunfo de Clem, quien, tras no pocas penalidades, llegó al diario, con María como buen testigo de la verdad y con Van, como culpable del crimen.

—Clem se consagraba, además de reporter, como detective!

El jefe le felicitó, al tiempo que Jane se abrazaba amorosamente a él, y los compañeros, sin exceptuar a Johnson, “El Rumiant”, vitorearon al vencedor.

La pericia y el arrojo del joven reporter produjeron pingües ganancias al periódico con sus fabulosas tiradas desde la detención de Van, que

arrastró otras numerosas detenciones, y, desbaratados los planes de Blake, éste fué encarcelado,



El jefe le felicitó, al tiempo que Jane se abrazaba a él...

y el padre de Jane fué elegido alcalde, y, como tal, ordenó y mandó que Clem fuese su yerno.

Y Clem, por no desairar al alcalde... se casó con Jane.

F I N

Recuerde: **LA NOVELA DEL CHOFER**
y' **LA NOVELA DE LA MODISTILLA**

Revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1